

clave dividíanse por fracciones casi iguales entre cuatro candidatos, Chieti, Polo, Farnesio, Salviati. Había para desesperarse. El Emperador apremiaba con tenaz apremio al conclave y Alemania con no menos apremio apremiaba por su parte al Emperador. Tres ó cuatro fracciones de concilio hallábanse por el mundo esparcidas moviéndose á su arbitrio, como los fragmentos de una serpiente rota y disyecta. Vanagloriábanse los herejes de su oposicion á instituciones que daban al mundo el espectáculo dado por tan triste y escandaloso conclave. Convenía concluir, pues no faltaba quien temiera que Carlos, insinuado ya como candidato á la tiara por algunos desesperados, cayese de suyo y por inclinacion propia en la locura de su abuelo Maximiliano, en la locura de pontificar, y entrase como conquistador en la Basílica Vaticana, obligando á los reacios y remisos cardenales á nombrarle de fuerza ó grado jefe del Catolicismo universal. El cardenal Farnesio, comprendiendo la imposibilidad absoluta de que pontifique uno de los suyos tras el pontificado de Paulo III, deja que cualquiera de los cardenales pesque la tiara de Roma con tal que á esa tiara se una la corona de Parma para su familia. Así cuando los ánimos se hallan entre fatigados por las largas inacabables del conclave y heridos por las amenazas terribles del Emperador, dirígese Farnesio á Guisa y le asegura con franqueza rayana en cinismo que todos sus empeños se reducen al investir un Papa de cualquier partido á investirse él mismo de la codiciada soberanía de Parma. Esta soberanía no puede llegar á sus avaras manos sino por uno de dos medios, ó por medio del Rey de Francia ó por medio del Emperador de Alemania. Le es igual un Papa español ó un Papa francés, si cualquiera de aquellos á quien él hace gran Papa de Roma, le hace á su vez á él gran duque de Parma. Estos hijos de Papas, estos príncipes del estado eclesiástico, estos infantes de sangre pontificia, criados en palacios magníficos, junto á tronos eminentes, respirando incienso y sintiendo el vértigo voluptuoso de las alturas, no pueden resignarse á la fugaz fortuna que les traen consigo los breves reinados pontificios y necesitan vincular en su familia el poder supremo, tener dinastías perpetuas, reinar sin pararse en escrúpulos y en remordimientos, sobre cualquier region de la tierra: que la ambicion se respira sin quererlo donde parece que la ambicion debia estar mas satisfecha, en los alcázares del poder y de la soberbia. Farnesio, pues,

pedía con grandes instancias á Guisa, un Papa que le diese por cualquier medio el trono apetecido, en la seguridad de que él se comprometia á dar ese Papa como siervo y criado al rey Enrique de Francia.

No se lo dejó decir muchas veces Guisa y púsose á pensar en el papable mas idóneo para caer en aquella especie de servidumbre indigna urdida ya contra la persona y la dignidad del próximo Papa. No duró largo tiempo la incertidumbre. Recayó pronto la designacion de Guisa y de Farnesio en el cardenal mas envilecido. Ninguno de la vileza de Monti. Epicúreo, escéptico, con la conciencia en las entrañas, dado al vino y á la mesa, de vida ligera en la vejez, de costumbres corrompidas, fácil á todos los influjos por repulsivo á todos los trabajos, amando en el poder lo que tiene de mas sensual y de mas grosero, la facilidad para el hartazgo de todos los apetitos, Monti señalaba en aquella hora suprema, la victoria mas desvergonzada del mas escandaloso nepotismo.

No pueden contarse las intrigas anudadas y disueltas para volver á reanudarlas que preceden durante cuarenta y ocho horas á la eleccion. Farnesio y Guisa, cada uno por su lado ruegan, amenazan, prometen, corrompen, compran, emplean los mas viles medios para dotar á la Iglesia de un Pontífice provechoso á sus particulares ambiciones. La mañana del 8 de enero de 1550 corre Guisa, ya seguro del resultado final, y llega, seguido de veinte cardenales, á la Sixtina. Los gigantescos titanes de Miguel Angel que penden de los techos no amedrentan, no, á los pigmeos, y las bocas del infierno abiertas en las paredes no muerden, no, en sus conciencias. Guisa envia por Farnesio para que se apresure y no pierda en dilaciones aquella favorable coyuntura. Farnesio atraviesa la sala régia llevando á sus dos lados al cardenal Burgos y al cardenal Doria. Pasando esta trinidad ilustre por la puerta del cuarto, donde el cardenal de Trento se hallaba encerrado, le arrastran consigo á la Sixtina. Poco á poco todos los cardenales se hallan congregados; y al verlos, Guisa y Farnesio se dan la mano, se dirigen á la puerta y corren á buscar á Monti, el cual, paseándose de un lado á otro de su cámara, se muerde las uñas de impaciencia. Los grandes autores de aquel Pontificado, padres teológicos de aquel Pontífice, lo colocan entre ellos dos y lo llevan á la Sixtina para que todo el cardenalato lo proclame y lo adore.

Y en efecto, Monti fué Papa. Nuestro Hurtado de Mendoza cuando lo vió convertido ya en Pontífice puso tal cara, que dirigiéndose hácia él díjole Monti: «*Andiamo, signor don Diego, non tanta paura.*» Habia motivo para tenerla por la cristiandad, por la Iglesia, por la conciencia humana, por la honra de instituciones tan altas y gloriosas. Monti escogió el nombre de Julio III por haber ejercido el ministerio de camarlengo en la corte de Julio II. Jamás el nepotismo llegó á mayores extremos. Su privado, su favorito, el compañero de su vida, el oráculo de su conciencia, el áulico de sus consejos, era un muchacho callejero á quien tomara consigo, por haberle visto luchar valerosamente con un mono muy grande. Llamábale á su predilecto por mote Prevostino, y cuando en pleno conclave le anunciaron la alta majestad de que iban á revestirlo, regocijóse pensando que podía de su Prevostino hacer un cardenal. Y en efecto, lo nombró para que Roma en sus pasquinadas le llamase como le llamó el cardenal mico. Toscano, bien puede llamarse á Julio III un griego de la decadencia. Sus deseos todos convergían á procurarse la quietud beatífica del epicureismo. Si alguna vez se airaba, su cólera parecia relámpago sin rayo. Entregado al vientre como las bestias, no queria tratar asunto alguno que le interrumpiese la digestion ó le cortase el sueño.

Allá, fuera de la Puerta del Popolo, junto á la colina llamada Monte Mario, construyóse una villa de placer y trazó unos voluptuosos jardines sin mas objeto que huir de las inquietudes del mundo y gozar de las sensaciones del sentido. No podia buscarse allí el refinamiento ateniense de la corte de Leon X, la elocuencia platónica eco de los jardines de Florencia, el coro de artistas que animaba con las ideas cristianas las perfectas formas clásicas; no podia buscarse allí la severa majestad latina y pagana de la corte imperial de Paulo III y los Farnesios: encontrábase por do quier el cántaro tabernario rebosante de vino, el plato condimentado para despertar la sed inextinguible despues de haber satisfecho la gula voracísima, los dicharachos soeces y las blasfemias inmundas de los carreteros ebrios. Un día, en que juraba y perjuraba, despidiendo de sus labios entreabiertos por la cólera sapos y culebras contra todo lo divino y lo humano porque le habian echado á perder en la cocina un succulento pavo real, le reconvino uno de sus familiares por aquel torrente de interjecciones horribles é injurias deshonrosas. Pero él, que nada

respetaba en el mundo, especie de Calígula, de Vitelio y de Eliogábalo en las ruinas de Roma, contestó, que si Dios se habia encolerizado con nuestros primeros padres por haberle mordido en su jardin una manzana, bien podia encolerizarse él con sus cocineros por haberle ahumado en su cocina un pavo. Cárlos V tuvo de Julio III el concilio convocado en Trento; Farnesio la corona ducal de Parma; Prevostino la púrpura cardenalicia; su unigénito bienes y territorios temporales; Ersilia, mujer de su sobrino predilecto, corte de tal suerte lujosa y entonada que no queria dar audiencia ni á los hijos de Cárlos V; Enrique II, el afecto y amistad ofrecidos á Guisa en el conclave, amistad y afecto por cierto bien fugaces; el jóven Jambatista, su pariente, guerras donde lucir su persona y saciarse sus aficiones de raptos y saqueos; todos los que le rodeaban cuanto querian á trueque de consentirle su paz perpetua y su sabrosa mesa.

Y sin embargo, exigia el mundo un Papa de gran temple. Pocas circunstancias tan extraordinarias. Lutero habia muerto en 1546. Un año despues, en 1547, habian muerto Francisco I y Enrique VIII. Con estos dos grandes actores se cambian verdaderamente los destinos de Europa. Aquel Neron inglés que mata sus mujeres como si matara moscas, teólogo por aficion como el Emperador romano por aficion músico, imperando allí donde no cabe imperio coercitivo, en la humana conciencia, y convirtiendo la nacion de los hombres libres en rebaño de siervos, deja, él, que pasara la mitad de su vida pensando en anudar y romper matrimonios, la propia sucesion de tal suerte que su pueblo salta del Protestantismo al Catolicismo y del Catolicismo al Protestantismo nuevamente con rapidez vertiginosa: que tan incierta y deleznable fué, por razon de sus tristes comienzos, la revolucion religiosa de Inglaterra, engendrada en las pasiones aviesas de aquel escolástico hipócrita. En el mismo año que Enrique VIII, muere Francisco I, y deja su corona de monarca y su espada de caballero, al pobre cautivo en España que habia pagado como rehen de los pactos de Madrid, nunca cumplidos, con larga y dura prision, las veleidosas informalidades de su padre. Y todos estos acontecimientos, unidos á la victoria de Mulberg, hacian de Cárlos V el árbitro de Europa y demandaban por tanto un Pontífice que contrastase y contuviese la invasora soberbia del Imperio. Pero, en vez de este Pontífice, que acaso hubiera po-

dido comprender toda la trascendencia del concilio de Trento, llamar á una reconciliacion la entonces perturbada Germania, presidir las tendencias hácia durable armonía reveladas por los hombres mayores de uno y otro lado de los Alpes; en vez de un Pontífice de tanta magnitud, vino aquel grosero y sensual Papa, metido en la cocina, rodeado de bufones, con la blasfemia en los labios y la digestion por único empleo de sus fuerzas, eterna mancha y deshonor eterna de aquel tiempo.

Abrióse de nuevo el concilio tridentino por convocatoria del Papa Julio y bajo los tristes auspicios de su tristísimo protectorado. Ninguna medida trascendental se tomó para llegar, si no á un acuerdo, á un debate previo entre las dos religiones. El Papa solo se curó de mandar su absolucion á los protestantes, como si los protestantes la pidieran ó la desearan. Todo lo contrario; reunida en 1550 de nuevo la Dieta germánica en Augsburgo, proclamaron los revolucionarios la necesidad de un concilio no convocado por la autoridad del Papa y bajo el poder de los Emperadores en el cual tenian los legados tanta fuerza, sino una Asamblea universal á cuya jurisdiccion y fallo se sometieran previamente con sumision y obediencia irrevocables los cardenales romanos y su augusto y poderoso jefe. Olvidar que á la altura de los sucesos, en el auge de la revolucion, constituidas las nuevas Iglesias, hechos los Estados nuevos; un concilio compuesto solo de prelados católicos no podía traer ninguna solucion al grave conflicto, ninguna concordia en la discordia universal, ¡ah! olvidar esto equivalia completamente á olvidar lo mas rudimentario y mas sencillo de la religion y de la política. La bula de convocatoria cerraba todo resquicio á la esperanza. Y Cárlos V lo comprendió así de tal suerte que promulgó despues de ella con aquellos aires de Papa, que á lo mejor tomaba, un comentario explicativo en solemne y ruidosísimo decreto.

Los prelados conciliares de Trento escucharon con oídos de mercader las quejas de los diputados germánicos de Augsburgo. Aun no se abrieron las sesiones, cuando ya comenzaron los anatemas. El sacramento de la Eucaristía no solo separaba la Iglesia católica de la Iglesia protestante, sino que separaba también á los protestantes entre sí. Convenia, pues, un gran pulso en cuestion de tamaña trascendencia; y los padres del concilio sin consultar á ningun representante del protestantismo, ni debatir dogma tan controvertido, procla-

maron la trasustanciacion ortodoxa y prohibieron á los laicos todos comulgar bajo las dos especies. Fué necesario que el cardenal de Trento interpusiese con ahinco su influencia personal y recordase la trascendencia del dogma, para que su publicacion se aplazara por unanimidad hasta ver si iban ó no al concilio los reacios protestantes. A este fin expidiéronse de nuevo y con mayores encarecimientos salvoconductos, que los favorecidos rechazaban con el recuerdo triste de la inutilidad que tuvieron para Juan Huss y Jerónimo de Praga, tostados en la hoguera, documentos análogos que llevaban la sancion de todo un Emperador de Alemania.

Los protestantes no llegaban y el tiempo urgía. Pasaban sus dias, pues, los católicos desairados en tratar asuntos de disciplina y de cánones. Y en una de las primeras sesiones subsiguientes á la sesion magna en que controvirtieran la Eucaristía, moderaron las apelaciones á Roma. Venian tras estos los debates relativos á la extremauncion, á la misa, á la confesion auricular, á tantos y tantos problemas, como necesitaban el concurso de los luteranos, los cuales encastillados en sus negativas, no parecian por el concilio. Lo único que hicieron fué mandar su confesion de fe al cardenal de Trento, y cuando este la mostró, montaron en cólera los prelados católicos y la creyeron, unánimes, un gran desacato. No había medio alguno de hacerles comprender que la nueva fe ya estaba instituida, que la nueva Iglesia ya estaba formada, que la revolucion reinaba en el suelo y en el pensamiento de muchos pueblos, y todo el ministerio de los concilios se reducía en aquella hora solemne á reconciliar uno y otro dogma en síntesis perfecta, si había posibilidad de tal conciliacion. Gracias á los empeños del cardenal de Trento, á las exigencias del embajador imperial, á las instancias del soberano Mauricio de Sajonia, convínose al cabo en admitir á los revolucionarios y consentirles que presentasen á una congregacion general todo el símbolo de sus principios. Inútil concesion. En cuanto los padres oyeron las palabras que empleaban los revolucionarios para calificar á los católicos y apreciar su culto, montaron de tal manera en cólera y se dieron á tales extremos de escándalo, que acaso terminara todo aquello en una colision sangrienta, si no viniera de nuevo á interrumpir el concilio un suceso gravísimo, la guerra de Alemania.

No puede comprenderse la causa de esta guerra sin estudiar á fondo el